

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN FUNDACION KONRAD ADENAUER

BONN, 25 de Abril de 1991.

La oportunidad que me brinda la Fundación Konrad Adenauer para dirigirme a ustedes, en mi calidad de Presidente de la República de Chile, constituye un gran honor, que tiene para mí especial significación por el afecto que me liga a la Fundación Adenauer y a su gente.

En testimonio de ello, permítanme empezar tributando un sentido homenaje a quien la dirigiera durante años y me honrara con su amistad, el doctor Bruno HEPP.

La figura del Canciller Adenauer, cuyo recuerdo la Fundación honra y perpetúa, ha sido y es una fuente de inspiración para los partidos políticos de inspiración cristiana de nuestro tiempo.

La forma como él dirigió el difícil proceso de construcción de la moderna Alemania, está llena de enseñanzas aleccionadoras para quienes, como yo, estamos consagrados a la tarea de consolidar la democracia y de impulsar el desarrollo económico y social de nuestros pueblos.

Sin duda, la transición y la consolidación democrática en Alemania, hoy felizmente reunificada, y la que tiene lugar en mi país, presentan diferencias que no permiten compararlas. No obstante, todo proceso de cambio político exige a los pueblos y a sus dirigentes hacer opciones, de las que depende, en gran medida, el desenlace. Esas opciones están determinadas, fundamentalmente, por los valores y principios básicos con que los pueblos y sus dirigentes se comprometen.

La vida del Canciller Adenauer es ejemplar para todo hombre público que enfrente los desafíos propios de estos difíciles y complejos períodos de transición y consolidación democrática, precisamente por los valores y principios que guiaron su conducta.

La historia de cada nación determina que ellos plasmen

en soluciones distintas, pero lo importante es que, a la vez que se respeta la idiosincrasia del respectivo país, se respetan también esas orientaciones éticas fundamentales, cuya validez es permanente.

El compromiso democrático del Canciller Adenauer, derivado de su fe humanista-cristiana, se hizo patente tempranamente en su oposición a la doctrina totalitaria, que trágicamente se enseñoreó de vuestro país.

Posteriormente, ese compromiso y esa fe que lo sustentó explican la manera en que él definió y concibió las grandes tareas que el pueblo alemán debía asumir. Ese mismo compromiso democrático, arraigado a través de la historia en el alma colectiva de Chile y de su gente, es el que inspiró nuestra lucha contra el autoritarismo que dominó el país durante largos años y el que inspira nuestros actuales esfuerzos para consolidar la democracia en Chile.

Concebimos la democracia no sólo como una técnica para la administración pacífica de los conflictos de la sociedad, sino sobre todo como la encarnación de un ideal ético de dignidad humana.

Para la gran mayoría de los chilenos, la democracia constituye el marco político necesario para el desarrollo de la persona humana. En esa concepción, democracia es sinónimo del imperio de las libertades públicas, de convivencia pacífica, dentro de un estado de derecho, de respeto a los derechos humanos y de progresivo avance hacia la justicia social. En suma, concebimos la democracia como una condición para alcanzar una buena vida humana para la comunidad nacional.

Esta concepción se funda en una fe humanista, que es hoy generalmente compartida por el pueblo de Chile. Contribuyeron a forjarla, desde mediados del siglo pasado, ilustres chilenos que creyeron en la libertad y en la justicia, la enriqueció luego el humanismo laico y positivista, del que arranca una de nuestras tradicionales familias políticas, la robustecieron más tarde la corriente social cristiana, inspirada en las enseñanzas del Evangelio, al que me honro en pertenecer, y también el humanismo de raíces socialistas.

Durante largo tiempo nos enfrentamos unos a otros, por razones doctrinarias o ideológicas. Los dolores causados por el quiebre de nuestra vida democrática, nos hicieron comprender que es mucho más lo que nos une de lo que nos separa. Ahora trabajamos juntos en la reconstrucción de nuestra democracia.

En los duros años de pérdida de nuestra libertad, la defensa por la Iglesia Católica de los derechos humanos, esfuerzo al que se sumaron otras confesiones religiosas, fue símbolo de esa fe humanista y contribuyó a enraizarla y a extenderla en la cultura nacional.

Es imposible entender los sucesos chilenos sin tener siempre a la vista este profundo sustrato ético. Ciertamente, es una fe que ha tenido los altibajos propios de la imperfección humana. De hecho, el quiebre de 1973 se explica porque la fe democrática cedió el paso al fanatismo y a la soberbia. Entusiasmados cada cual en su concepción particular, creyéndose depositarios de la verdad y adoptando actitudes de intransigencia frente a los demás, se creó un clima que rompió la tolerancia básica de la convivencia democrática e hizo posible el quiebre de la institucionalidad.

Sin embargo, el sufrimiento también enriquece. Y la dolorosa experiencia vivida nos ha enseñado que el entusiasmo y la convicción deben conciliarse con la tolerancia y el respeto frente a las verdades de los otros. Esta lección se ha integrado a nuestro credo democrático.

Nuestra tradición democrática y humanista, progresivamente más madura a través de los años, explica esta peculiaridad de la transición chilena: su carácter esencialmente pacífico. Hay muchos que se asombran de cómo hemos podido pasar de un régimen militar, de dictadura, a una convivencia democrática, sin violencia ni sangre, por la vía pacífica. Desde muy temprano, la gran mayoría de las fuerzas políticas y sociales opositoras al autoritarismo adquirimos la convicción de que la reconquista de la democracia debía regirse por el principio de la no violencia.

Cuando había quienes llamaban a la rebelión popular para derrotar a la dictadura, hubo quienes sostuvimos que era posible llegar a reconstruir la democracia y derrotar al autoritarismo, dentro del cauce de la propia institucionalidad por ella establecida. Hubo muchos escépticos, pero nuestro llamado encontró eco. Los chilenos se inscribieron en los registros electorales, se reconstituyeron los partidos políticos, afrontamos el Plebiscito con 7 millones de chilenos inscritos, y fue posible el triunfo del NO, en Octubre del 88, y la elección de un Presidente democrático, en Diciembre del 89.

No es sólo que la violencia sólo engendra más violencia, sino también que el ideal democrático y la fe en el ser humano implica obrar con métodos compatibles con la dignidad humana. No podíamos contestar a la opresión autoritaria, oponiéndole sus propias armas. De haberlo hecho, nuestra empresa habría fracasado.

Del mismo modo, mi Gobierno y los partidos que lo apoyan tenemos la convicción de que la democracia sólo puede consolidarse, en el contexto de una sociedad crecientemente más cohesionada y menos confrontacional.

Para ello estamos practicando en Chile un nuevo estilo de hacer política, que incide en la forma de relacionarse entre los actores de nuestro acontecer nacional, tanto en el mundo económico y social -trabajadores y empresarios- como en el campo propiamente político -gobiernistas y opositores-. Un estilo que

busca los grandes consensos y que para ello privilegia la cooperación sobre el conflicto, la negociación sobre la confrontación, lo que une a los chilenos frente a lo que los divide.

Esta fue la gran intuición del estadista Adenauer ante la gigantesca tarea de reconstruir una Alemania devastada y consolidar para ella la democracia. Esa tarea era imposible sin un pueblo que recuperara su cohesión, y para ello se requería de un estilo de gobierno que permitiera al pueblo alemán enfrentarse con una historia trágica reciente, de manera tal que le fuera posible superarla y mirar hacia el futuro a partir del sentimiento de su unidad básica.

Guardando las distancias exigidas por las circunstancias propias de cada situación, me atrevería a decir que nuestra misión posee similitudes profundas con la que hubo de asumir el Canciller Adenauer.

Pienso que esta primacía de la cooperación sobre el conflicto, no es sólo una exigencia coyuntural, que desaparezca una vez que la democracia se haya consolidado. A mi juicio, la democracia cobra estabilidad únicamente cuando la sociedad aprende a subordinar los inevitables conflictos presentes en toda sociedad a un imperativo superior de cooperación entre sus miembros.

Por ello, estamos convencidos que el camino que hemos escogido es el único que nos permite reconstruir nuestra democracia sobre bases sólidas.

No es un camino fácil. Nos obliga a un ritmo y a una velocidad que frecuentemente irrita o impacienta a quienes interpretan el ideal democrático a partir de un romanticismo fácil, quizás sólo perdonable en razón de la juventud o del desconocimiento de realidades muy distantes y ajenas. La consolidación de una democracia exige firmeza de convicciones, a la vez que tolerancia; coraje, a la vez que prudencia y, sobre todo, responsabilidad.

Como lo he señalado reiteradamente en mi país, estamos haciendo un gobierno que busca la unidad nacional. Es un gobierno de coalición, que no cubre todo el espectro político, es la coalición formada por los Partidos de la Concertación Democrática que triunfamos en la elección, y que tiene frente a ella a los partidos que apoyaron otras soluciones y que estuvieron más ligados al régimen autoritario precedente.

En mi país hay partidos de Gobierno y partidos de oposición, pero más allá de esas diferencias, pensamos que las tareas que tenemos por delante, exigen buscar el máximo de consenso, más allá de los propios partidos de gobierno, a fin de darle estabilidad al sistema y asegurar nuestra eficacia.

Hemos dicho que para reconstruir y consolidar nuestra democracia, necesitamos cumplir cinco tareas fundamentales: primero, avanzar hacia la reconciliación entre los chilenos, esclareciendo la verdad y haciendo justicia respecto a las violaciones de derechos humanos; segundo, democratizar las instituciones; tercero, promover la justicia social; cuarto, impulsar el crecimiento económico y la modernización del país; y quinto, reinsertar a Chile en la comunidad internacional.

Hemos avanzado en el cumplimiento de esas tareas y lo estamos haciendo con fidelidad a los principios que nos inspiran. Nuestro compromiso es con los intereses y valores permanentes de Chile y su gente, a los cuales deben subordinarse las aspiraciones y demandas, muchas veces legítimas, que no puedan ni deban identificarse con el bien común.

El 4 de Marzo de este año puse en conocimiento del país un informe, elaborado por una comisión pluralista de personalidades de reconocido prestigio nacional, sobre las violaciones más graves a los derechos humanos cometidos durante el pasado período autoritario. Este informe, que causó fuerte impacto en la conciencia colectiva, establece la verdad de lo ocurrido en tan dolorosa materia.

Ello constituye un paso importantísimo hacia la reconciliación nacional. Ciertamente, no agota la tarea. El restablecimiento de la amistad cívica entre los sectores y grupos de una sociedad dividida es un proceso que requiere tiempo, pero no puede progresar sino sobre la base de una verdad, generalmente compartida. Llegará el día en que esa amistad cívica incluya aún a quienes hoy se resisten a aceptar esa verdad.

Los principios que nos guían exigen restituir a las víctimas de esas violaciones la dignidad que se les negó en vida y reparar moral y materialmente a sus familiares. He enviado al Congreso Nacional un proyecto de ley para atender a estos deberes, que espero sea de pronto despacho, como importante contribución a la reconciliación de los chilenos.

En cuanto a los requerimientos de la justicia, corresponde atenderlos al Poder Judicial, con arreglo a las leyes.

Las instituciones políticas del Chile contemporáneo requieren reformas que, por una parte, las depuren de aspectos incompatibles con una auténtica democracia, para acercarnos a formas de gobierno cada vez más representativas de la sociedad en su conjunto; y que, por otra parte, eleven sustancialmente los niveles de eficiencia en la gestión pública.

Las decisiones en estas materias, como en tantas otras, no pueden ser objeto de imposición por una mayoría. Se trata de cuestiones de Estado, que deben ser resueltas a través de la construcción de los consensos más amplios posibles en el seno de la sociedad civil. Queremos enfrentar estas reformas buscando la

cooperación y el entendimiento entre gobierno y oposición, aún cuando tengo claro que el tiempo exigido para la maduración de los acuerdos requeridos pueda impacientar a algunos.

En su momento, el Canciller Adenauer intuyó, de manera visionaria, que la democracia sólo podía consolidarse en el marco de una economía dinámica, capaz de un crecimiento sostenido, y de un Estado que, a través de sus políticas, impulsara sistemáticamente un bienestar generalizado para la sociedad. Así nació el concepto de economía social de mercado.

Hemos hecho nuestra esa visión. Nuestra economía abierta al exterior, sustentada en la empresa privada como motor fundamental del crecimiento y regulada por una política económica gubernamental que vela por la preservación de los equilibrios básicos macroeconómicos, debe ir asociada con una vigorosa acción estatal que promueva una progresiva justicia social. Esa es nuestra fórmula: crecimiento con equidad.

Mi Gobierno persigue este objetivo con toda la tenacidad y responsabilidad que su trascendencia exige. También en este campo entendemos que para ser exitosos en la consecución de esa meta de crecimiento con equidad debemos fomentar el acuerdo y la negociación por sobre el conflicto y la confrontación. Necesitamos de un empresariado moderno, altamente competitivo y con sentido social, y de un sindicalismo igualmente moderno, tecnificado y responsable. Estamos procurando y consiguiendo un clima laboral que privilegie la concertación social, superando las viejas prácticas de antagonismo.

Es digno de destacarse que el año pasado se suscribió un Acuerdo entre la Central Unitaria de Trabajadores, la organización sindical más poderosa del país, con la Confederación de la Producción y del Comercio, la entidad empresarial más representativa, y el propio Gobierno, fijando las líneas fundamentales de las políticas de remuneraciones y laborales para el año que pasó. Eso permitió dar estabilidad al desarrollo de la actividad económica del país y permitió, al mismo tiempo, un mejoramiento sustancial en la condición de los trabajadores.

El Ministro del Trabajo me ha comunicado anteayer que ya se ha logrado pleno acuerdo para renovar, por un nuevo año, ese convenio, con algunas modificaciones propias de la evolución, y se espera mi regreso a Santiago para suscribir ese Acuerdo, nuevamente, entre trabajadores y empresarios, la próxima semana.

No podría terminar esta exposición sin expresar aquí, en el seno de esta Fundación y ante representantes de las otras fundaciones alemanas, nuestra gratitud para todos los que desde esta gran Nación han apoyado la causa de la democracia chilena y cooperado para la solución de los problemas de nuestro pueblo. A través de ustedes, Alemania ha estado presente junto a nosotros en nuestra lucha por la libertad. Alemania nos ha prestado su solidaridad, recibiendo y acogiendo a muchos chilenos que fueron

obligados a vivir en el exilio, algunos de los cuales han vuelto, y otros siguen trabajando aquí, y muchos han echado raíces en vuestra Patria. Gracias por el asilo que les habéis otorgado.

En su tiempo, alemanes llegaron a Chile en busca de libertad y seguridad. Ellos se han convertido en buenos ciudadanos chilenos, sin dejar de ser alemanes. Vosotros habéis devuelto la mano con gran generosidad.

Y, como aquí lo recordaba hace un instante el doctor Voegel, vuestra Fundación ha estado presente al lado nuestro durante todo el período de pérdida de nuestra libertad, acompañándonos y respaldándonos. Es ocasión de que yo os exprese, nuevamente, nuestro más profundo reconocimiento, en nombre del Gobierno y del pueblo de Chile.

Permítanme, finalmente, recordar que hace diez años nuestro Presidente Eduardo Frei, gran luchador de la democracia y del humanismo cristiano, tuvo aquí en Bonn un encuentro similar a éste con representantes de las fundaciones alemanas, que contó con la presencia del Presidente de la República Federal y de altas personalidades. Fue su último testimonio en Europa. Volvió feliz de ese encuentro y de su recepción acá.

Entonces se refirió a la necesidad de un esfuerzo valeroso, continuado y paciente para construir las bases de una comunidad mundial en que sea posible una mayor justicia y una solidaridad más efectiva. Dentro de ese contexto, hizo presente que para consolidar la democracia en nuestros países, nos es indispensable la cooperación de Europa en nuestro desarrollo económico y social. Estoy cierto que Eduardo Frei se alegraría al ver que esa cooperación, orientada hacia la realización de los derechos humanos y la promoción del desarrollo, está ya dando sus frutos.

La política de colaboración de las fundaciones alemanas, y en especial de vuestra Fundación Adenauer, constituye ya una instancia de encuentro entre vuestra Nación y los países de América Latina, en la tarea común de ir construyendo ese mundo más justo, más próspero y más humano, por el que lucharon Konrad Adenauer y Eduardo Frei.

Nuestro compromiso es continuar esa tarea. En eso estamos empeñados, con fe, con entusiasmo y con esperanza. Muchas Gracias

* * * * *

BONN, 25 de Abril de 1991.

M.L.S.

ABR2591E